

PROCESOS PATAFÍSICOS DE SOCIALIZACIÓN (Andrés Sopena)

Aunque bien improbable, no es imposible que a un individuo le dé por pensar; se han dado casos. No lo digo por experiencia personal, pero tengo entendido que en semejantes tesituras puede ocurrir cualquier cosa. Un poner: a un individuo me lo sitúan en la prostituta vía pública con una indemnización equivalente a una defecación y una pensión holgada si los meses fuesen de diez días, y su mujer y sus tres hijos no tuvieran el hábito de comer. Él tiene cincuenta años y el Excelentísimo e ilustrísimo Sr. Presidente del Consejo de la empresa y de otras siete más, confiesa setenta, aunque se rumorea que por coquetería se quita tres. Amén de unas plusvalías que tiembla el misterio, el Exmo. e Ilmo. individuo es gratificado en cada ocasión en que aparece por la empresa para echar un par de firmas -una de ellas, precisamente, es la que le ha costado el puesto de trabajo a nuestro protagonista-, con una grata cantidad que no les puedo precisar porque el prójimo no suelta prenda.

Dejando a un lado las consideraciones de índole escatológica referidas a la totalidad de familiares ya fallecidos de ese “pedazo de cabrón” (sic) y del director de la empresa -quien pese a su juventud ha llegado a sobrino del presidente en cuestión-, que ofuscan circunstancialmente el pensamiento del flamante desempleado, éste, y a eso iba, evoca que desde que le pegaron por venir al mundo le han estado dando bofetadas hasta en el carné de identidad. Después continúa dándole al magín y concluye en términos irreproducibles lo que un sociólogo competente traduciría como “Hay que ver la cantidad de mangantes que están dónde están dando por saco por pura decisión gonadal de unos cuantos mamonzos de mucho cuidado.” Lo curioso del caso que nos ocupa es que a este hombre lo encontramos horas después -sobre diez y media, once menos cuarto-, contemplando un bodrio televisivo hábilmente seleccionado entre una extensa oferta y que va de los intrínfulis económicos y familiares de una familia de potentados; una serie que no se pierde nunca: cuando hay partido, la graba.

Y ahora soy yo quien piensa -y que sea lo que Dios quiera-, en cómo se consigue que los millones de desempleados, los millones de personas que malviven por debajo del umbral de la pobreza -la relativa y la pura miseria-, los vejados y humillados por jefes ineptos, los familiares de fallecidos en accidentes laborales por falta de medidas de seguridad, los explotados sin derechos, etc., etc., no se echen al monte y armen un cirio monumental. Pues bien, tengo la respuesta. No voy a revelar mis fuentes, pero les garantizo que son de toda solvencia.

Parece ser que hay un diez por ciento de la población -y eso, tirando por lo alto-, que posee entre el veinticinco y el cincuenta por ciento de la riqueza -y eso, tirando por lo bajo-. Por si fuera poco, parió la abuela: hay también individuos y organizaciones que mangonean sin necesidad de respaldo económico. Bueno, pues por extraño que les pueda parecer, este grupo, conocido popularmente como el de “los que parten el bacalao” o el de “los que tienen la sartén por el mango”-, tiene cierto interés en que las cosas sigan como están e incluso mejoren. Al efecto, posee también unos medios y unos conocimientos, tan antiguos como arcanos, que le permiten controlar el cotarro, imponiendo su dominio sobre los individuos y manteniendo la cohesión del modelo de sociedad que le interesa. No deja de tratarse de una coacción como la copa de un pino, puesto que en definitiva hablamos de comportamientos prescritos o proscritos y de las correspondientes recompensas o sanciones. Ocurre, tanto sin embargo como no

obstante, que si se desea que la cosa marche medianamente bien, sin salir a sobresalto diario y sin tener que recurrir a los sopapos o a soltar los perros, es preciso que los actos de autoridad, es decir las órdenes o prohibiciones expresas, sean los menos. La coacción fetén será aquella que no se perciba, aquella que genere un conformismo tal, que el individuo sea tonto y se alegre, pobre y de derechas y, en fin, esté jodío y agradecío, que se dice y con perdón por la expresión. No es que sea preciso que el fulano exprese su agradecimiento al señorito por permitirle tutear a los caballos, pero a nadie le amarga un dulce, y nunca es mal año por mucho trigo; lo cual que contar con una reserva de pánfilos, propagandistas celosos y ocasionales guardianes del orden establecido, no está de sobra, bien por si las moscas, bien por lo que pudiera pasar.

Cada persona que viene al mundo, y mira que estamos unos cuantos, habrá de desenvolverse en una determinada estructura social, política, religiosa, jurídica y económica que conforma un sistema que aspira a perpetuarse y que se presentará, por tanto, como natural. Para entonces, a él también habrá de parecérselo, con lo que los modos de actuar, de sentir y de pensar previstos para su posición social han de estar no sólo aprendidos sino asimilados, es decir, integrados en su personalidad psíquica y social de modo que no advierta las distintas coacciones que orientan su existencia, y se identifique con los de su condición, compartiendo con ellos ideas, sentimientos, gustos y necesidades. Aunque cada uno sea de su padre y de su madre, esta adaptación ha de afectar profundamente a la personalidad, desde gestos y necesidades fisiológicas que exigen un condicionamiento del organismo, hasta maneras de pensar dictadas por conocimientos, prejuicios y representaciones, pasando por la canalización o represión de determinados sentimientos. No es labor fácil, como puede apreciarse, pero hay que intentarlo como sea, oye; que está en juego la mariscada.

Así pues, si la cosa resulta, viene a querer decir que el sujeto ha dado como objetiva la versión que se le ha suministrado de la realidad: quién es él, cómo es la Sociedad en la que ha venido a caer y cuál es el sitio que tenía destinado en ella desde el petardazo del Big-Bang; conoce perfectamente el límite a sus aspiraciones, más allá del cual se encuentra el ámbito de lo imposible, y para todas las manifestaciones de su existencia tiene perfectamente claro lo qué está bien y qué está mal. Muy consecuentemente con eso, y como garantía de ese régimen de dominio, los que mandan se interesan grandemente por aquellas instancias que tiene a su cargo el modelado social del individuo: la Familia, el Estado, la Iglesia, los Medios de Comunicación...

No soy nada partidario de las fórmulas farragosas, pero cuando no hay más remedio, no hay más remedio: “La posibilidad de que alguien se percate de que le están tomando el pelo con todas las de la ley tiene bastante que ver con la leche que le dieron“. Dicho de otro modo, la adaptación del individuo al contexto social en el que ha de desenvolverse mediante la aceptación de las normas y roles prescritos, es tanto más eficaz cuanto antes y más desprevenido se le pille. Se impone, pues, que el proceso de socialización o doma comience poco menos que media hora o tres cuartos después del nacimiento, y no sólo porque queda todo por aprender, sino por la rapidez y facilidad con que lo hacen las criaturitas. Y es que, como saben hasta los psicólogos, el de la infancia es el estadio humano en el que se forjan los rasgos fundamentales de la personalidad. Es la época en la que se aprenden la mayoría de las ideas, esquemas y estereotipos que devendrán valores, pautas y normas de comportamiento del adulto.